

John Meade  
**Falkner**

Prólogo de ARTURO PÉREZ-REVERTE

EL DIAMANTE DE  
**MOONFLEET**



zenda  aventuras

---

**El diamante de Moonfleet**

John Meade Falkner

Primera edición: 2019

ISBN papel: 9788417416294

ISBN eBook: 9781524314408

© de esta edición:

zenda aventuras, 2019

[www.zendaaventuras.com](http://www.zendaaventuras.com)

[aventuras@zendalibros.com](mailto:aventuras@zendalibros.com)

© de la traducción:

Dolores Payás

Producción editorial:

Lantia Publishing

[www.lantia.com](http://www.lantia.com)

Coordinación editorial:

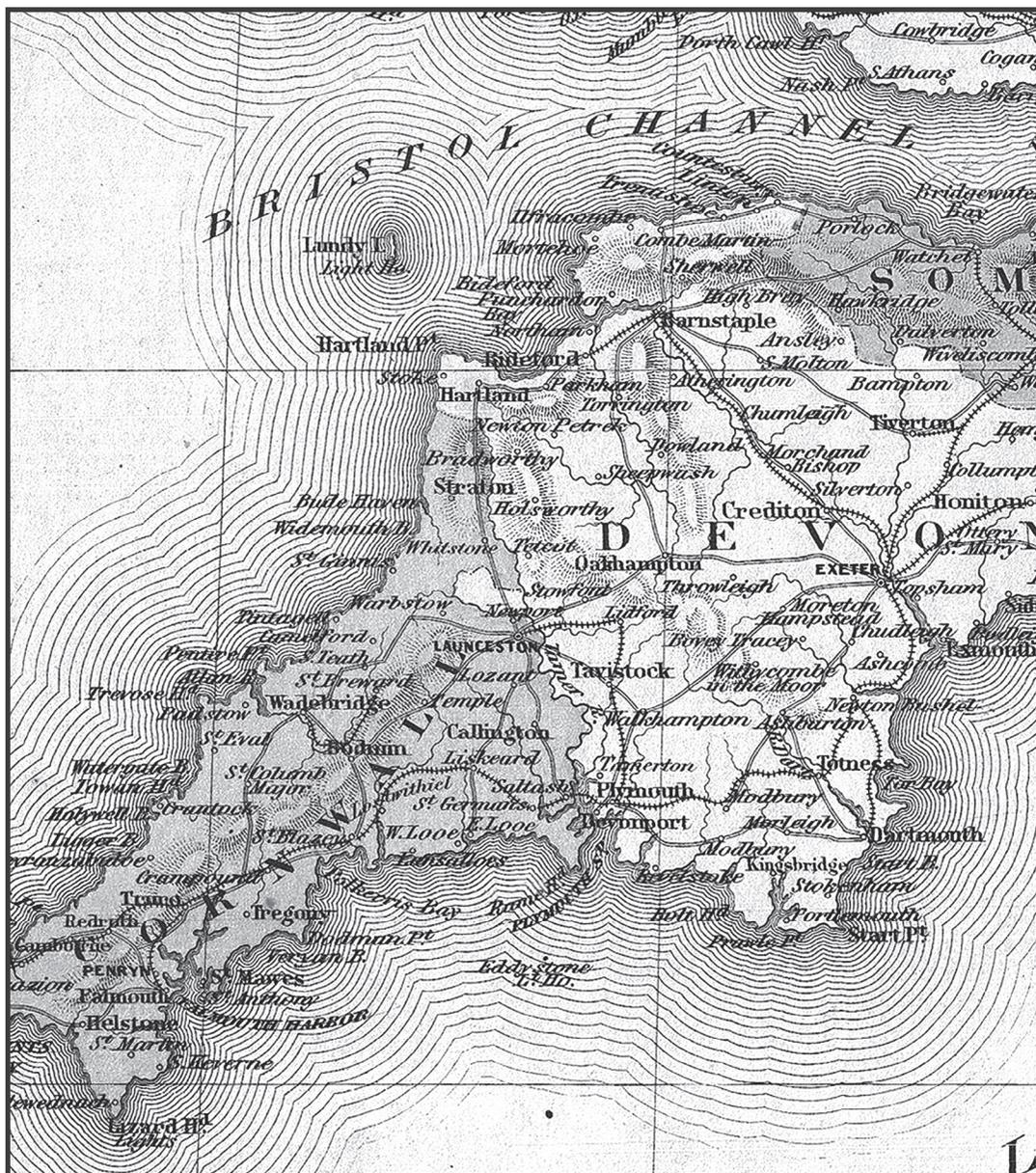
María José Solano Franco

Eugenio Martín Fuentes

Impreso en España – Printed in Spain

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Dirijase a [contacto@zendalibros.com](mailto:contacto@zendalibros.com) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.





## GEOGRAFÍA

## EL DIAMANTE DE MOONFLEET

- |                           |                            |
|---------------------------|----------------------------|
| 1. Moonfleet              | 8. Cabo de San Albano      |
| 2. Colina de Weatherbecch | 9. Castillo de Carisbrooke |
| 3. Purbeck                | 10. Newport, Isla de Wight |
| 4. Monte Zigzag           | 11. Taberna El Clarín      |
| 5. Puerto de Weymouth     | 12. Puerto de Cowes        |
| 6. Cabo Hoar Head         |                            |
| 7. Península de Portland  |                            |



G  
N



DORSET

HAMPSHIRE

DORSET

CHANNEL ISLANDS

CHANNEL

CHANNEL ISLANDS

---

---

# Índice

<i>Mapa de Moonfleet</i> .....	8
<i>Biografía de John Meade Falkner</i> .....	13
<i>Prólogo. El diamante de Moonfleet</i> .....	17

## Moonfleet

I	En el pueblo de Moonfleet .....	27
II	La inundación .....	45
III	Un descubrimiento .....	61
IV	En la cripta .....	79
V	El rescate .....	105
VI	Un asalto .....	113
VII	Una subasta .....	125
VIII	El desembarco .....	139
IX	Un juicio .....	157
X	La huída .....	169
XI	La cueva en el mar .....	193
XII	Un funeral .....	207
XIII	Una conversación .....	233
XIV	La casa del aljibe .....	249
XV	El aljibe .....	263
XVI	El diamante .....	279
XVII	En Ymeguen .....	309
XVIII	En la bahía .....	321
XIX	En la playa .....	341
	<i>Nota de la traductora</i> .....	367
	<i>Breve biografía de la traductora</i> .....	369

---

---

---

## Biografía de John Meade Falkner

Cuenta Richard Davenport-Hinesque, su biógrafo, que, cuando H.H. Asquith, en calidad de primer ministro, visitó durante la Primera Guerra Mundial la pequeña localidad de Elswick, en el condado de Lancashire, noroeste de Inglaterra, encontró una vasta fábrica ruidosa que producía los medios más sofisticados para destruir la vida humana. La firma Armstrong Whitworth —la empresa de armamento más importante y una de las más grandes del mundo—, suministraría a Gran Bretaña durante los cinco años que duró el conflicto 12 acorazados, 11 cruceros, 11 submarinos, dos centrales eléctricas flotantes, 4.000 cañones navales, 9.000 cañones militares, además de 100 tanques, tres aeronaves y más de 1.000 aviones, junto con bombas, granadas y placas de blindaje.

Asquith había acudido acompañado por su hija Violet, quien se sentó junto al presidente de la compañía durante la cena, una figura casi gigantesca a la que su padre describió como «un hombre con el rostro y la voz vagamente melancólicos y una apariencia silenciosa de hidalgo español». Durante la cena surgió el tema de las lecturas y los libros y ella le dijo a uno de los comensales: «Hay un libro que debes leer. No puedo decir por qué, porque su calidad es indescripible, se llama *Moonfleet*»... «Lo escribí yo», dijo entonces

---

aquel caballero silencioso que presidía la mesa. Su nombre era John Meade Falkner.

Falkner, a pesar de todo, sigue siendo un hombre misterioso. Nació ocho años después que Stevenson y cinco antes que Antony Hope. En pocos años, estos tres ingleses vendrían a transformar la idea de la novela de aventuras plagada de espadas certeras, amigos leales y mares lejanos.

Hijo de un párroco de Dorset que le obligó a estudiar la lengua griega desde los seis años y una madre dulce que le transmitió el amor por la cultura clásica y el latín dejándolo huérfano a la edad de doce años, estudió en el Hertford College de Oxford graduándose con una nota bastante mediocre; por lo que, para no seguir los pasos de su padre, hizo caso a los consejos de Henry Luxmoore, un amigo que era maestro en Eton, quien lo recomendó como preceptor del hijo de Sir Andrew Noble, presidente de la compañía Armstrong Whitworth. Muy pronto, Falkner se ganaría la confianza de este convirtiéndose en su protegido y avanzando por la jerarquía de la empresa frente a la perplejidad e impotencia de sus ambiciosos rivales: en 1888 ya era secretario de la firma y en 1901, director de la misma.

Pero había, qué duda cabe, otro Falkner. Tan pronto como se estableció en la empresa de Newcastle, compró una casa en Durham (Divinty House), viajando al trabajo todos los días en tren. Allí llevaba vida de anticuario, llegando a convertirse en bibliotecario honorario de la catedral. Su posición e ingresos le habían permitido hacerse con una creciente colección de libros antiguos y medievales que pasaron a engrosar una más que notable biblioteca personal, en la que su gusto quedaba fuertemente marcado por los libros de heráldica, paleografía, música sacra y demonología.

En su tiempo libre, los vecinos solían verlo leer durante horas en el Hotel Beverley Arms sentado en la parte posterior

---

de la iglesia o recorrer en bicicleta los tranquilos caminos del condado. Algunos de ellos, sin embargo, se habrían sorprendido al saber que ese hombre alto, elegante y tranquilo, viajaba al mismo tiempo a Sudamérica y los Balcanes, con cuyos gobiernos mantenía un intenso comercio de armas, suministrando y recabando información sensible de carácter político y militar.

Después de retirarse de los negocios en 1921, Falkner llegó a ser lector honorario en Paleografía por la Universidad de Durham. En la necrológica publicada en el Times el 25 de julio de 1932, tres días después de su muerte, se le recordaba como «erudito y hombre de negocios». Nosotros lo recordaremos siempre como el hermano literario de aventuras, talento y mar, de Robert L. Stevenson.

## Bibliografía

### Ficción:

1895: *The Lost Stradivarius*

1896: *A Midsummer Night's Marriage*

1898: *Moonfleet*

1903: *The Nebuly Coat*

### No ficción:

1894: *Handbook for Travellers in Oxfordshire*

1899: *A History of Oxfordshire*

1902: *Handbook for Berkshire*

1915: *The Ad Majorem Collection of Psalter Chants*

1918: *Bath – In History and Social Tradition*

1925: *A History of Durham Cathedral Library*

1932-33: *Poems*

---

---

# Prólogo

## El diamante de Moonfleet

Hace más de medio siglo pisé por primera vez la arena fría de la bahía de Moonfleet, y volver a ella ha sido como abrir una puerta a los recuerdos lejanos, aunque nítidos, de alguien que, como John Trenchard, protagonista de esta historia, aún deambulaba por el mundo de los libros y los sueños sin establecer fronteras entre unos y otros. El mar junto al que transcurrió aquella primera juventud era camino de inicio, acicate de cada aventura que nacía de aquellos libros y cobraba vida en los ojos y la imaginación vivísima del chiquillo soñador, flaco y tostado por el sol, cuyas obligaciones escolares eran nada más que un paréntesis inevitable entre historias leídas e imaginadas.

Desde pequeño, ese muchacho al que recuerdo aprendió a descifrar las señales del mar, familiarizado con sus duros temporales en invierno y sus largos atardeceres cárdenos en verano, cuando vagabundeaba, también como el joven Trenchard, descalzo y moreno entre las rocas de la playa, moviéndose con agilidad de experto, a pesar del verdín resbaladizo, a la caza de ballenas blancas, pergaminos cifrados, ron de contrabando y cangrejos huidizos en las lagunillas que cubría y descubría el oleaje, entre las piedras calientes y las madejas de algas muertas.

---

Fascinado por el mar y los barcos, el puerto solía ser otro de los territorios propicios al que escapaba aquel muchacho para respirar el olor de la aventura: brea, hierro viejo, viento cargado de sal, humedad de las estachas, mientras escuchaba el campanileo de las drizas y el flamear de las banderas. Miraba alrededor observando a los hombres singulares que poblaban tales orillas, marinos a la espera de barco, estibadores en una taberna, silenciosas sombras con los ojos fijos en el corcho flotante al extremo de un sedal. Y adivinaba en sus rostros el de esos viejos bucaneros de Moonfleet regresados de largas singladuras por mares embravecidos y puertos exóticos, que se habían hecho a la mar para volver con los ojos llenos de nostalgias y las manos vacías de tesoros. Sentado en un noray oxidado del puerto, el chiquillo tenía la certeza de que eso también le ocurriría a él. Sabía que no estaba lejos el día en el que, mochila al hombro, cruzaría la línea del horizonte, más allá de los faros de la bocana, para buscar su propio diamante de Barbanegra, cuyo secreto escondite había logrado averiguar gracias a aquel libro. Tan sólo necesitaba un viejo zorro de mar como leal compañero; un Elzevir con canas en la barba y cicatrices en la piel y la memoria, que lo acompañara en la aventura. Y para su fortuna, lo tuvo.

Todos lo llamaban El Piloto, y así fue como aquel chico lo llamó siempre, hasta su lejana muerte. Tenía la piel curtida como cuero viejo, el pelo blanco e intacto, rizado, y los ojos azules bordeados de cientos de arrugas que el sol y el salitre le habían impreso. Se ganaba la vida en los puertos trabajando en lo que podía, trampeando, contrabandeando cuando era preciso; viviendo siempre, además de sobre una movediza cubierta de barco, en la frontera, fascinante para el muchacho, de la legalidad vigente. Tenía para eso una

---

lancha a motor que se llamaba como él, en la que ese viejo lobo marino había visto de todo: la mar pegando de verdad, cuando Dios ruge su cólera, y esos largos y rojos atardeceres mediterráneos en que el agua es un espejo y la paz del mundo es tu paz.

Junto a aquel Elzevir real, de carne y hueso, el joven émulo de John Trenchard emprendió el camino sin regreso hacia la aventura y la vida, creciendo en lecturas, pasiones y experiencias. Fue el Piloto quien le enseñó a pescar calamares al atardecer, frente a la Podadera, con la misma naturalidad que a contrabandear tabaco rubio y whisky. Con él también pisó por primera vez aquellos bares de puerto, lugares con hombres curtidos que bebían solos y en silencio, apoyados los codos en mostradores de mármol o madera salpicados de círculos húmedos de alcohol y tiempo; idénticos, en su imaginación, a los de aquella otra taberna de nombre ¿Por Qué No? regentada por Elzevir: nido de contrabandistas aventureros, sobre cuya barra el viejo truhán limpió y lloró el cadáver de su hijo muerto.

El Piloto lo acompañó un buen trecho de juventud, y a su lado el muchacho vio cosas que solo había vivido en forma de literatura, como aquel día de temporal gris y asesino, idéntico al que solía azotar la costa de Dorset, frente a la línea blanca de los rompientes de Moonfleet, cuando las olas perdían el color turbio amarillento que les daba el atardecer y se encrespaban como grandes montañas negras con un copete blanco con el que parecían querer envolver las velas destrozadas de los barcos sin rumbo. Aquel día de oleaje gris, el muchacho estuvo junto al Piloto en la bocana del puerto pensando en los hombres de Moonfleet y mirando a otros marineros luchar contra el mar por sus vidas mientras intentaban ganar el abrigo del puerto, vacilantes y minúsculos,

---

tan frágiles entre montañas de agua y rociones de espuma, avanzando a duras penas con el estertor de sus motores a media máquina. Había mujeres enlutadas y sus críos allí, en silencio, intentando adivinar quién no regresaría jamás. Y entonces el Piloto, con la eterna colilla a un lado de la boca, las miró de reojo y, discretamente, casi con embarazo, aquel hombre rudo y analfabeto, educado en la dureza de la vida y del mar, se quitó la gorra. Por respeto.

Pero, sin duda, el recuerdo más intenso que el muchacho conservó del viejo marino —casi tan diáfano como si lo hubiese leído hoy mismo, entre las páginas de *El Diamante de Moonfleet*— fue el del Cementerio de los Barcos sin Nombre: un desguace de barcos frente al que el Piloto, muy tranquilo, lió para aquel chico el primer cigarrillo de su vida y le dio, en pocas palabras, una gran lección : «Los hombres y los barcos, zagal, deberían hundirse en el mar antes que verse desguazados en tierra».

Después, unos pocos años más tarde, el tiempo y la vida los obligaron a separarse, lejos uno del otro, sin dar oportunidad al muchacho de ayudar al viejo marino a largar amarras en su último viaje, como en la historia escrita por Meade Falkner. El muchacho, que ya no lo era y navegaba sus propios mares, habría querido, como John Trenchard, sentarse a esperar en la orilla del mar que tanto amaban a que éste le devolviera su cadáver, pero no pudo ser. Y lamentó no haber podido decirle antes del final lo que nunca le dijo: que era el amigo leal, valiente y silencioso que todo niño desea tener mientras pasa las hojas de los libros hermosos.

Por eso ahora, repasando de nuevo estas páginas de *El diamante de Moonfleet*, escribiendo estas líneas que son al mismo tiempo introducción e íntimo recuerdo, siento

---

que de alguna manera he cumplido con el compañero y el amigo leal. Porque en mi memoria, el Piloto sigue siendo fiel trasunto de aquel Elzevir valiente que dio la vida por su amigo; por el joven de ojos soñadores que vuelvo a ser, pese al tiempo transcurrido, cada vez que releo esta historia de amistad y aventura.

Arturo Pérez-Reverte

---

---

No creíamos dejar nada atrás  
El mañana sería igual al hoy  
Y nosotros eternamente muchachos.

Shakespeare

---

---